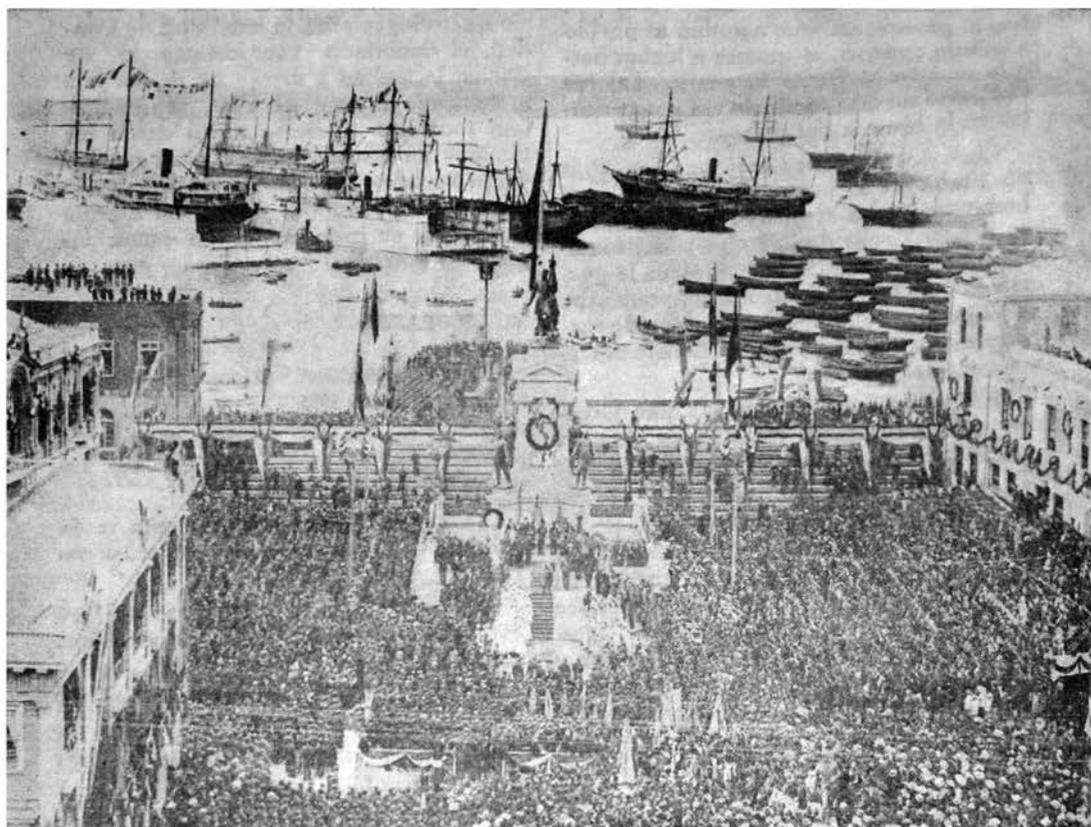


INAUGURACION DEL MONUMENTO DE LA MARINA NACIONAL

Por Rodrigo FUENZALIDA B.
Capitán de Navío (R), Armada de Chile



Inauguración del Monumento de la Marina Nacional. Valparaíso, Mayo 21 de 1886.

Por la Ley del 12 de septiembre de 1879, que concedía pensiones a los deudos de los caídos en el homérico combate del 21 de mayo de ese año, se disponía, en forma preferente, la erección de un monumento que, en el nombre de la República, simbolizara la gloriosa defensa hecha por el capitán de fragata Don Arturo Prat y sus valerosos compañeros.

En cumplimiento de esta Ley se nombró en Europa una comisión compuesta

por el Ministro de Chile en Francia, señor Blest Gana, el de igual cargo en Londres Sr. Martínez y el capitán de navío Don Luis Angel Lynch, quienes llamaron a un concurso entre los artistas de Europa, triunfando en él los señores Puech, arquitecto, y Maillart, escultor, ambos de París.

Para hacer los diseños preliminares al concurso se enviaron desde Chile, oficialmente, no sólo instrucciones detalladas,

sino también algunas obras históricas, entre ellas "Las dos Esmeraldas", de Vicuña Mackenna, aparte de los retratos de Prat, Serrano, Riquelme y Aldea.

El proyecto primitivo era igual al monumento hoy existente, con la diferencia que al lado de la estatua de Prat había un ángel, simbolizando la Gloria.

Llegados los diseños a Chile, se resolvió que al lado de Prat no debía haber figura alguna que le hiciera sombra, aun cuando fuera la de un ángel y por eso se envió a París un cable en que se aprobaba el monumento, pero suprimiendo la Gloria, por cuanto la figura de Prat simboliza la Gloria en sí mismo.

El precio calculado del monumento fue de 160.000 pesos oro.

Se eligió para erigirlo el terreno donde estaba el edificio de la Bolsa de Comercio, el que fue derribado, convirtiéndose en una sola plaza el terreno comprendido entre el palacio de la Intendencia y el mar.

El 18 de septiembre de 1885 se desarrolló la ceremonia de la colocación de la primera piedra, mientras iban llegando de Francia los diversos cuerpos de la obra en diferentes vapores. A la ceremonia asistió el Intendente don Domingo de Toro Herrera y todas las corporaciones civiles, políticas, militares y religiosas de la ciudad, las tropas de la guarnición y el acompañamiento de todo el pueblo. Se pronunciaron elocuentes discursos y se levantó un acta, que fue colocada en el hueco de la piedra.

Acompañaba a esta acta una sólida plancha de bronce que había pertenecido a la "Esmeralda" y que regalaba el Círculo Naval.

A principios de 1886 se terminaron los trabajos necesarios para armar el monumento, el cual no necesita mayor descripción, pues es conocido de todos. Los broncees empleados son el producto de la fundición de cuatro cañones cedidos por el Gobierno para este objeto.

El 21 de mayo de 1886 se fijó como la fecha de la inauguración. A las 08.00 horas, los cañones del fuerte "Bueras", del blindado "Cochrane" comandado por el capitán de navío Constantino Bannen y de los demás buques de guerra surtos

en el puerto, saludaban con las salvas de reglamento el aniversario de la más brillante de las glorias navales, mientras las bandas de músicos de Valparaíso y Santiago cruzaban la ciudad tocando himnos marciales y las naves de guerra y mercantes empavesaban completas.

La ciudad estaba engalanada con banderas, adornos florales, emblemas y leyendas de la Marina y sus acciones, rivalizando entre sí los edificios en su presentación artística. Se exhibían alegorías patrióticas y se destacaban en todas partes los nombres de los héroes, mientras un oleaje incesante de muchedumbre se dirigía a la Plaza Sotomayor a testimoniar con su presencia su entusiasmo en celebrar la acción heroica que más brillo ha dado a la bandera de Chile.

A mediodía, la animación era indescriptible. Las tropas de Valparaíso, a las que se había agregado el regimiento "Buin" de Santiago, mandadas por el mayor general del Departamento, capitán de navío Don Oscar Viel, se hallaban formadas en la calle de la Victoria, a la altura de la estatua de Colón. El Cuerpo de Bomberos de Valparaíso, así como delegaciones de la capital y todos los colegios de la ciudad se habían concentrado para tomar parte en la inauguración.

En los salones de la Intendencia y en el departamento del Presidente de la República, Don Domingo Santa María, se encontraba la comitiva oficial. Momentos antes de salir a la Plaza Sotomayor, el Comandante General de Marina, Don Domingo de Toro Herrera, obsequió a los capitanes de navío don Carlos Condell y don Luis Uribe, sendas tarjetas de oro, artísticamente labradas. La del primero tenía en el anverso la siguiente inscripción:

"Al glorioso capitán Don Carlos A. Condell en la apoteosis del combate de Punta Gruesa. El Comandante General de Marina. Mayo 21 de 1879 - Mayo 21 de 1886".

En el reverso un hermoso grabado del combate.

La del comandante Uribe tenía en el anverso la siguiente dedicatoria:

"Al glorioso capitán Don Luis Uribe Orrego en la apoteosis del combate de Iquique. El Comandante General de Ma-

rina. Mayo 21 de 1879 - Mayo 21 de 1886".

En el reverso, el heroico sacrificio de la "Esmeralda".

Las tropas formaron cuadro en la Plaza Sotomayor y al pie del monumento se colocaron los estandartes. Comisiones de niñas pequeñas de las escuelas públicas, vestidas de blanco, se situaron en las gradas, mientras una enorme cantidad de público llenaba las calles adyacentes al recinto y los balcones y techos de las casas se cubrían de un gentío ávido de presenciar la ceremonia.

A las 14.00 horas llegaba el Presidente Santa María, al cual se le rindieron los honores correspondientes y a las 14.10 éste tomó un cordón y con un ligero impulso corrió las banderas que simultáneamente se plegaron hacia cinco mástiles colocados en torno al monumento.

Las cinco estatuas quedaron al descubierto. Un viva atronador, unísono, brotó de todos los pechos. Un viva que era el estallido del patriotismo y que resonó a la vez como un grito lanzado por todo un pueblo. Simultáneamente tronaron los cañones de los buques, del fuerte "Bueras" y del regimiento cívico de artillería, unidos a los acordes del himno nacional.

En esos momentos la directiva del Cuerpo de Bomberos de Valparaíso colocó frente al escudo de la parte central del monumento la primera ofrenda floral, un ancla de oro de grandes dimensiones circundada por una guirnalda de laurel de oro y botones de granado.

Las aclamaciones sólo cesaron cuando el Presidente de la República pronunció con voz clara y conmovida el discurso de inauguración.

Nos permitiremos citarlo textualmente, porque revela, en pocas palabras, toda una historia naval:

"Alza el pueblo de Valparaíso este monumento, no para perpetuar el recuerdo de dolorosas contiendas entre naciones hermanas, que mediante comunes esfuerzos nacieron, casi en el mismo día, a la vida libre, sino para conmemorar hazañas que constituyen el legítimo orgullo de la República y forman, a la vez, la gloriosa genealogía de nuestra Marina de Guerra. Las generaciones venideras sabrán también, por este medio, que es

una elocuente enseñanza, que nuestros marinos, para conseguir la independencia de la Patria, no conocieron otro camino que el de la audacia y que para salvar más tarde la honra nacional comprometida, no han andado por otro que por el del heroísmo.

"No es un monumento de vanidad nacional el que descubro en este momento y entrego al respeto público. Los pueblos sólo levantan monumentos de esta clase cuando se sienten obligados a pagar deudas de gratitud a sus mejores servidores, o a enaltecer, como acontece hoy, las más renombradas virtudes cívicas y únicamente las presentan como conmemorativos de frívolos sucesos o de baja adulación cuando una debilidad moral, que entristece y anonada el patriotismo, se ha apoderado del corazón de ellos. Esta enfermedad vergonzosa, que tan sólo asoma cuando decae o desaparece todo sentimiento generoso, no invadirá, estamos seguros, las entrañas de la Patria. Los monumentos que ostentamos y que ostentaremos más tarde en nuestras plazas y lugares públicos, no acusarán jamás una triste debilidad de nuestro espíritu. El que hoy tenemos a la vista refleja, bien lo sabéis, la luz del más puro y ardiente patriotismo y servirá siempre de guía para señalar el único camino que pueden andar nuestros marinos y cuyo último término consiste en mantener al tope la enseña nacional y hundirse con ella en las profundidades del mar, antes que entregarla rendida al enemigo.

"Si en la cúspide de este monumento tropezamos con la estatua de Prat, el héroe legendario, y si con él aparecen en el templo de la inmortalidad, Serrano, Aldea, Riquelme y los que fueron sus osados compañeros, cerca de nosotros, y confundidos con nosotros están también los que milagrosamente salvaron de aquella lucha desigual en la rada de Iquique, y que serenos se sumergieron en el mar, envueltos en nuestro hermoso tricolor, para que el cielo de la Patria se iluminase con el iris de la gloria.

"Si admiramos a Prat y a los que con él asaltaron la cubierta del "Huáscar", no debemos admirar menos a los que, pudiendo entregar la nave sin reproche alguno, se mantuvieron fríos e impávidos hasta disparar, sin esperanza alguna de vida, el último cañonazo y sin más aspi-

ración que la de salvar del cautiverio la bandera nacional. El mar era el seguro sepulcro que se abría para ellos.

"Esta manera de comenzar una guerra, en respeto a las tradiciones de nuestra Marina, trazó la senda que, con no menos aliento, debería recorrer nuestro Ejército. En La Concepción, reflejo del combate de Iquique, nuestros soldados perecieron todos ellos encerrados en su cuartel, manteniendo izado y batido por el viento el pabellón que los cubría.

"Tiene nuestra Marina dos épocas: la de su nacimiento, cuando se inició la revolución de la Independencia, y la de su verdadera y más sólida organización, cuando comenzamos a impulsar nuestra vida constitucional y legal.

"En la primera, el amor a la libertad suplió lo que nos faltaba en elementos materiales. Montamos entonces débiles barcos, aprestamos naves que podían considerarse como el juguete de los poderosos navíos contrarios, y, a pesar de ello, nuestros marinos, incipientes todavía, y sin escuela preparatoria, pero guiados y alentados por Lord Cochrane en cuyo pecho la ambición era tan grande como su audacia, se hicieron dueños del Pacífico, se apoderaron de las naves enemigas, llevaron el espanto y la admiración a El Callao y clavaron valientemente el pabellón nacional en las márgenes del Valdivia, sin tomar en cuenta los poderosos fuertes que las defendían.

"¿Qué hazaña quedó entonces por hacerse? Esta primera página de nuestra historia marítima, tan brillante como atrevida, trazada por el genio de Cochrane y el valor chileno, ha constituido un compromiso para nuestros marinos, compromiso que lealmente han cumplido, agregando otras páginas que refieren iguales o mayores proezas, y que aumentarán el brillo de nuestras glorias nacionales.

"Nuestra Marina no ha torcido el rumbo, ni llegado a bajíos que la hayan hecho zozobrar. Obediente a la ley y sometida siempre a sus preceptos, no se ha desviado jamás del cumplimiento del deber, ni hecho otra cosa que ser la fiel depositaria de las enseñanzas de nuestros mayores.

"Por eso cuando un ministro español, no España, que es tan altiva como generosa, volvió en años no muy apartados a buscarnos injusta querrela, nuestros marinos no enflaquecieron de espíritu, no obstante ser tan notorios el poder y la superioridad de las naves que amagaban nuestros puertos. No a muchas millas de aquí se trabó un combate en que el barco contrario, defendido por alentados pechos españoles, se declaró vencido.

"Principiada nuestra última guerra, nuestros marinos no se amilanaron por el número y poder de las naves con que habrían de combatir, y cuando el enemigo, aprovechándose de nuestra escasa fuerza en Iquique, creyó hacer fácil presa de la "Esmeralda", y de la "Covadonga", que solas habían quedado allí, encontró una porfiada resistencia y la incontrastable resolución de morir antes que rendirse. En esa lucha, si el éxito no era dudoso, la muerte era todavía más segura. No era humanamente posible resistir con dos barcos pequeños, viejos, de madera y casi inhábiles para la navegación, al violento empuje de los poderosos blindados. No podía haber contienda entre la "Esmeralda" y el "Huáscar", entre la "Independencia" y la "Covadonga", y, no obstante esta desventajosa situación, la lucha se trabó, bien que con notable desigualdad y entonces fue cuando arrebatado Prat, y seguido de sus compañeros, saltó con ellos, sable en mano, sobre la cubierta del enemigo, resuelto a batirse allí y a dar la vida antes que entregarse vencido; y cuando Uribe, que había sucedido a Prat en el mando, no menos impávido, ordenó disparar el último cañonazo y se hundió con los que aún sobrevivían de aquella espantosa hecatombe.

"Todavía en este cuadro figura la "Covadonga" que, guiada por Condell, desafiaba el poder de la "Independencia", la perturba en su rumbo, la hace zozobrar y la bate y la rinde. No busquemos el paralelo entre hazañas semejantes.

"Nuestra Marina, como lo veis, se mantiene fiel a sus honrosos antecedentes y este monumento responde a la verdad del hecho.

"Prat, desprendido su nombre de la idea de una guerra americana, simboliza el amor a la Patria convertido en culto

religioso, y el valor elevado al heroísmo. El monumento coronado por su estatua tiene, por consiguiente, la misma significación.

"El pueblo de Valparaíso ha querido colocarlo en la portada de la activa y laboriosa ciudad, que a nadie interroga por su nacionalidad, sino por su capital y su industria, para que advierta a los que entran que en este país el amor a la patria es un sentimiento que todos acariciamos, y para que recuerde a nuestros marinos y soldados, cuando alguna vez salgan en defensa de la honra nacional, que nuestra bandera no debe arriarse vencida, y que, cuando no se la pueda hacer flamear victoriosa, habrá de ser quemada en unión de los que la defiendan, como en La Concepción, o hundirse con ella en las concavidades del mar, como en la bahía de Iquique".

* * *

Después del Presidente Santa María hablaron el Ministro de Guerra y Marina,

don Carlos Antúnez, el Comandante General de Marina e Intendente de Valparaíso, don Domingo de Toro Herrera, el Senador don Adolfo Valderrama, el Diputado señor Montiel Rodríguez y el Contraalmirante don Juan Williams Rebolledo.

Cuando las bandas ejecutaban el himno a Prat, de don Pedro Nolasco Préndez, los dos hijos del héroe, Arturo y Blanca, entregaban a los comandantes Condell y Uribe las medallas de oro conmemorativas que el vecindario de Valparaíso obsequiaba a los mencionados jefes.

Luego se depositaron coronas y después las tropas desfilaron ante S.E. el Presidente de la República y autoridades.

Los homenajes continuaron el 22 y el 23 de mayo, haciéndose todo Valparaíso presente para testimoniar su gratitud a los héroes de la "Esmeralda" y "Covadonga", quienes con su brillante acción determinaron virtualmente la victoria de las armas chilenas en el cruento conflicto de 1879.